
“Divide y vencerás”: Estrategia rusa en la era digital

David Rodríguez- Florencia Shqueitzer⁸

La Guerra Fría culminó en 1991 con la caída del Muro de Berlín, no así las tensiones mantenidas entre Rusia y Occidente. Los ecos de estas fricciones nos permiten visibilizar ciertos resquemores que se mantienen vivos y que derivan en el uso de técnicas de contrabalanceo entre ambas partes. Como ejemplo de ello, en los últimos tiempos, ha tenido mucha entidad la presunta campaña de ataques cibernéticos realizada por Rusia hacia las democracias occidentales, lo cual asimismo se enmarca en el creciente uso del “soft power” y el relegamiento del poder duro en la política internacional.

¿Qué rol ocupan las presuntas injerencias rusas en dicho contexto? Para responder a esta pregunta, buscaremos arrojar un poco de luz al por qué de estas acciones, tanto desde el contexto histórico, geopolítico, económico y tecnológico en el que se realizan.

Con la disolución de la URSS y el triunfo del liberalismo en el plano mundial, la opinión pública creyó que la oposición entre ambas partes se encontraba resuelta, y que el sistema político occidental se impondría, creando una armonía dominada por el oeste. Sin embargo, es posible observar que ante medidas blandas llevadas adelante por Occidente que buscan ganar terreno sobre la contraparte, Rusia ha reaccionado. Esta pugna, a su vez, ha crecido a partir de la recuperación estratégica de Rusia, acentuada a partir del dinamismo asociado al presidente Vladimir Putin.

En el marco de esta rivalidad, podemos tomar como ejemplo la injerencia occidental en las ex repúblicas soviéticas donde en la década del noventa se llevaron a cabo movilizaciones contra presuntos regímenes dictatoriales, estableciéndose en ellas sistemas políticos afines a los intereses del mencionado bando. Dentro de esta categoría se encuentra, a modo de ejemplo, el derrocamiento de Slobodan Milosevic en Yugoslavia en el año 2000 o la Revolución de las Rosas en Georgia en el año 2003.

A su vez, de acuerdo con la postura del especialista Alberto Hutschenreuter, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se ha expandido hacia espacios de significancia estratégica para Rusia, como Polonia, Hungría, la República Checa, o el más reciente intento de captar a Ucrania bajo la órbita de influencia de la organización. Con ello se han cruzado líneas geopolíticas rojas de Rusia, es decir, intereses vitales de la misma. Como consecuencia de lo anteriormente expuesto, se pueden entrever acciones que pueden leerse como reacciones de Rusia, por ejemplo, con su avance sobre Crimea en el año 2014 (A. Hutschenreuter, comunicación personal, 21 de abril de 2018).

A pesar de ello, realizar este tipo de retaliaciones por parte de Rusia es cada vez más complejo, debido a su realidad económico-militar actual. El año 2017 fue la primera vez en el siglo XXI en la que Rusia redujo su gasto militar, y nada menos que en un 20%. La recesión que sufre su economía la ha forzado a pasar del 5,5% de su PIB en 2016 al 4,3%, a contramano de la ten-

⁸ Abogado y Licenciada en Ciencia Política y Relaciones Internacionales

dencia mundial, donde se produjo un aumento promedio del 1,1%, siendo EEUU el acaparador del 35% de la inversión militar del planeta.

Las necesidades de Rusia de ampliar su presencia militar se ven, no obstante, aminoradas a causa de las tendencias mundiales modernas a la hora de ejercer influencias geopolíticas. En concreto, en la coyuntura contemporánea, para poder ganar posiciones en la escena internacional, se observa el desuso del “hard power” o uso de la fuerza, y su reemplazo por la utilización de “soft power” o medios de presión que implican aspectos culturales, ideológicos y diplomáticos.

En particular, cada actor busca adquirir poder relativo frente al otro incidiendo principalmente en su sistema político. Esto es así, siguiendo a autores como Robert Keohane y Joseph Nye, debido a que existen objetivos de política que no pueden ser alcanzados mediante el poder militar tradicional, como lo son las metas económicas o de influencia cultural. Es entonces, principalmente mediante la aplicación de medidas blandas, como los estados pueden ganar mayor peso en el escenario internacional.

Siguiendo esta línea, una de las herramientas de poder blando que ha tenido mayor desarrollo en los últimos años ha sido precisamente la utilización del ciberespacio para la realización de actividades de inteligencia y desinformación con fines políticos.

Sabiendo visualizar el panorama contemporáneo, Rusia ha optado por una táctica que no implique una escalada bélica, sino una confrontación psicológica, basada en la intriga, en la imaginación sobre el poder real del enemigo, en el constante temor y en la imprevisibilidad, a través del uso de medios digitales. Con ello logra generar el denominado “factor sorpresa”, haciéndose omnipresente, difuminando el conocimiento de su accionar.

Esta práctica no es exclusiva de Rusia. Si bien su injerencia en las democracias occidentales no ha sido comprobada, ello en todo caso, no podría entenderse como un accionar nuevo, sino que ya ha sido utilizado por Occidente en ex espacios soviéticos, y en la actualidad es de presumir que Estados Unidos y otros países europeos estarán realizando a su vez maniobras similares en las redes rusas. Es decir, los países que realizaban actividades de espionaje con anterioridad lo siguen haciendo, únicamente que en la actualidad el escenario es internet, en donde incluso dichas acciones pueden ser ahora más sencillas, opacas y baratas.

Es una confrontación asimétrica, donde el debilitamiento de la contraparte se realiza a través de la red, utilizando el medio digital, lo que a su vez permite aprovechar el anonimato que este provee y el ocultamiento de las acciones. La presunta injerencia rusa en la campaña electoral estadounidense del año 2016, en apoyo del candidato republicano Donald Trump, y contrario a la candidata demócrata Hillary Clinton podría leerse desde este marco de alteración del pensamiento colectivo.

No obstante, a pesar de la rápida evolución que están teniendo estas técnicas, todavía se encuentran con serias limitaciones. Con relación a la injerencia en las elecciones, por ejemplo, no es posible cambiar los resultados de estas manipulando los sistemas digitales. Lo que sí es factible es tergiversar la información y el discurso que se forma alrededor de los comicios para influir en el pensamiento colectivo y así alterar la opinión ciudadana.

Específicamente, Rusia ha buscado apoyar a partidos de extrema derecha, extrema izquierda, posiciones nacionalistas o “anti-establishment”, que son más proclives a provocar la inestabili-

dad nacional o las divisiones internacionales. El apoyo a regímenes políticos de estas características es esencial para que los intereses propios no encuentren obstáculos en el espacio global.

Mediante ello, la estrategia rusa persigue generar una coyuntura internacional lo más fragmentada y polarizada posible, y así encontrar resistencias más débiles a la hora de imponer sus intereses. Un ejemplo esclarecedor de esta política sería el intento de Rusia de evitar que la Unión Europea consolide una identidad colectiva más cohesionada, mediante sus supuestas intervenciones en el referéndum del “Brexit”, o en las campañas electorales europeas.

En resumen, actualmente se está consolidando el modelo de relacionamiento internacional basado en el “soft power”, que está ganando terreno frente al uso del poder militar convencional. Entre el abundante conjunto de acciones que se encuentran dentro de lo que llamamos poder blando, se destaca el uso de herramientas cibernéticas para el logro de los intereses geopolíticos, las que utilizan para generar una brecha en las sociedades y así consolidar la propia posición.

El aprovechamiento de estos nuevos medios de poder digital no debe ser achacados exclusivamente a Rusia, sino que se constituyen en un arma más dentro de las tácticas de contrabalanceo utilizadas en las relaciones entre esta y Occidente, cuyo vínculo se ha mantenido en tensión a pesar de haberse producido el final de la Guerra Fría.

La gran incógnita por dilucidar en el futuro inmediato será predecir de qué manera estas nuevas armas informáticas evolucionarán, qué efectos provocarán en las tensiones entre ambos bandos y cómo ello repercutirá en la formación de sus respectivas sociedades. La expresión “divide y vencerás” se ha ido renovando a lo largo del tiempo a través de diferentes tácticas, pero podemos aseverar que se mantiene activa y en uso.

Referencias Bibliográficas

CORERA, G. (17 de Abril de 2018). ¿Están Rusia y Occidente precipitándose hacia una guerra cibernética?. BBC.

KEOHANE, R.O., & NYE, J.S.(1988). Interdependencia Compleja. Poder e Interdependencia. La política mundial en transición. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.

TORRALBA, C. (3 de Mayo de 2018). Rusia reduce el gasto militar por primera vez en dos décadas. El País.

VELANDIA, K. (2 de Marzo de 2017). ¿Cuáles son las armas con las que se combate en el ciberespacio, el nuevo frente de guerra del siglo XXI? (Y qué daño te pueden causar). BBC.